

Discurso de Alberto Ruiz-Gallardón en la inauguración de la Convención

Presidente Nacional del Partido Popular; Presidente Fundador; Presidente de Honor; Secretario General; Secretarios Ejecutivos; militantes y simpatizantes; representantes de la sociedad civil; señoras y señores:

La vitalidad y la pujanza del Partido Popular, el más importante de cuantos protagonizan la escena política española, impulsan hoy una Convención que constituye, más que un acto de Partido a la manera tradicional, una cita abierta e innovadora con toda la sociedad española. Se trata de un encuentro con la realidad del país que, por su receptividad y su ausencia de prejuicios, sólo nuestro Partido puede afrontar.

Nacido al calor de la Transición, y refundado tras la crisis de las ideologías que sobrevino con la caída del muro de Berlín, el Partido Popular es el único que, a diferencia de otras formaciones, se ha deshecho de ataduras doctrinarias del pasado, rechazando así herencias obsoletas e invocando como único patrimonio el espíritu de concordia que presidieron los años inaugurales de nuestra democracia. Esa capacidad para progresar, evolucionando y acompañando a los españoles en cada momento, siempre desde el servicio a los ciudadanos, es la que ahora nos permite celebrar esta gran fiesta de las ideas en la que aspiramos a escuchar a la sociedad y a comprometernos con sus inquietudes y esperanzas. Como Alcalde de la capital de nuestra Nación, que al igual que ella se caracteriza por su diversidad y sentido de la solidaridad, me siento muy honrado de que este encuentro entre personas, instituciones y grupos de la sociedad civil, llamado a enriquecer nuestra convivencia y a ofrecer a los españoles las alternativas que están demandando, tenga lugar en Madrid, y en nombre de Madrid doy la bienvenida a sus participantes.

Dos ideas quiero apuntar en puertas de esta Convención. La primera es la posibilidad de neutralizar el discurso radical que desde otras opciones políticas se está formulando, y de hacerlo precisamente mediante la utilización de un mensaje moderado que devuelva la tranquilidad a los ciudadanos. Estoy convencido de que en el Partido Popular se dan las condiciones necesarias para esa moderación, que, por ser seña de identidad del centro reformista a cuyo desarrollo nos hemos consagrado, brota de un repertorio de ideas y convicciones que apuestan por la normalidad en la vida política e institucional. La moderación es también el lenguaje natural de la sociedad española, que, pese a los intentos de división que está sufriendo en nombre de periclitadas empresas identitarias o ideológicas, mantiene una razonable unidad dentro de la pluralidad, y se expresa en términos de calma y de buen sentido. La otra idea que yo quiero apuntar es justamente ésa: la necesidad de asegurar una unidad, que, con sus lógicos matices, con sus necesarias adaptaciones a las circunstancias de cada ámbito y situación, es la que manifiesta la propia sociedad española y la que debe observar, por tanto, el Partido Popular, en su discurso y en su acción. La moderación exige no sólo templanza, sino sobre todo confianza en las propias convicciones, que en el Partido Popular son sólidas y abundantes. Tenemos, pues, capacidad sobrada para ello, por más que sea cierto que vivimos tiempos confusos, en los que se trata de alterar el significado de las palabras, y por tanto de desviar el debate de su cauce preciso. Hoy se llama “recuperación de la

memoria” al revisionismo histórico, “democracia de calidad” a la imposición de modelos ideológicos particulares, “capacidad de decidir” al pretendido e inexistente derecho de autodeterminación. Pero es esa confusión la que exige de nosotros un cuidadoso ejercicio de análisis, de argumentación, de pausada exposición, para situar a cada actor en su justo lugar y devolver rigor y transparencia a la vida política española. Porque debemos ser conscientes de que los ciudadanos sólo estarán dispuestos a escucharnos si nuestro discurso –en algunos puntos necesaria, responsablemente preocupado– comparte el mismo sosiego y sentido de la proporción que los ciudadanos demuestran.

Los propios españoles nos están mostrando el camino. En los dos últimos años se han esbozado cambios trascendentales en el orden institucional que han sido unilateralmente decididos, y que vulneran el espíritu de consenso que hasta ahora había presidido nuestra convivencia. En otras circunstancias, esa forma de actuar hubiera producido una indeseable fractura social, que por fortuna no se ha abierto, y que por supuesto el Partido Popular evitará siempre a toda costa. Y si por ahora no ha habido fractura, ha sido gracias al sentido de la medida y a la buena voluntad de los ciudadanos. Nosotros tenemos que aplaudir esa respuesta serena de los españoles y ponernos al frente de ella, asumiendo su mismo tono de sensatez y de reflexiva disconformidad. Son otros los que se están alejando de la realidad social, histórica y emocional del país, y no debemos acompañarles en una aventura paralela de ruido improductivo. Tenemos que ser combativos en aquello que combatimos, pero no podemos dejar que actitudes dogmáticas nos lleven a nosotros al dogmatismo. Nuestro sitio está al lado de los ciudadanos, con sus verdaderas preocupaciones, con sus proyectos de vida, incluyendo, cuando sea necesario pero no como único programa, su razonado desacuerdo con la conducta ensimismada del Gobierno. Para eso hemos convocado esta Convención, que hablará de la economía, la educación, el modelo social, la familia, la integración de los inmigrantes, el uso sostenible de los recursos, la seguridad o los lazos de solidaridad que vinculan y cohesionan a la sociedad civil.

Somos liberales y herederos del humanismo europeo. Nuestro Partido se caracteriza como una formación reformista y no revolucionaria, favorable al cambio meditado y no a los vuelcos drásticos en el lenguaje ni en la acción. Nos distingue un respeto especial por el ciudadano cualesquiera que sean sus ideas, y un sentido acusado de su derecho a decidir libremente después de un debate en condiciones de obligado sosiego y de transparencia suficiente. Sabemos que en nuestra genealogía política más profunda, la que se remonta a John Locke y su Carta sobre la Tolerancia, este concepto central de las sociedades abiertas, que luego han defendido desde Stuart Mill a Ortega y Gasset, desde Gregorio Marañón a Isaiah Berlin, es nuestro sello distintivo, la marca de fábrica que otras tradiciones políticas, fundadas sobre conceptos distintos, no pueden invocar con la misma facilidad. Seamos coherentes, pues, con nuestra identidad y con el carácter de nuestro Partido, que nació y se renovó en momentos marcados por la tolerancia, el optimismo y la confianza en el mañana.

Estoy seguro de que, si nos mantenemos fieles a esa trayectoria, que en un viaje sin retorno nos ha conducido a una posición en el centro político que no podemos ni debemos abandonar, entonces recobramos de un modo abrumador la confianza del pueblo español, y esa distancia sobre nuestros competidores que en las encuestas de opinión se mide ahora en uno o dos puntos crecerá rápidamente hasta situarnos de nuevo en condiciones de gobernar. Los españoles están buscando una opción sensata,

fiable y equilibrada que, de acuerdo a esos rasgos de prudencia, dé cauce no sólo al malestar que actualmente se detecta con la iniciativa o la inacción del Gobierno, sino que sobre todo les ofrezca un discurso útil y una alternativa positiva y esperanzadora. De manera que no fundemos nuestro mensaje sólo en el error o las carencias del adversario –que las tiene, y muchas–, sino en el acierto del proyecto propio, y crucemos junto a los españoles el umbral que por fin ha de llevar a todo el país del pesimismo a la esperanza, de la preocupación a la ilusión, del recelo a la unidad.

Estoy convencido de que, como reza el lema de esta Convención, Hay futuro. Lo hay para el Partido Popular y lo hay para España, porque sólo es necesario que uno y otra nos mantengamos al mismo compás en nuestro modo de sentir y de decir, hasta que esta brillante potencia europea recobre la confianza en sí misma, y, acto seguido, se la otorgue a Mariano Rajoy. Tal cosa ya ha empezado a ocurrir, y las ideas que vamos a invocar estos días –libertad, solidaridad, unidad, igualdad y cohesión– tienen tanta fuerza en sí mismas y como programa político ante los españoles que no precisamos forzar el tono para transmitir las con eficacia. Defendemos conceptos sencillos, útiles y justos, como los que se proclaman en la Constitución de 1978, y eso debe ser más que suficiente.

Somos un Partido amplio, de anchas convicciones, de hechuras generosas, que no aspiramos a constreñir a la sociedad con nuestras ideas, sino a poner a éstas al servicio de las inquietudes, necesariamente plurales, de todos los ciudadanos. Ese sentido de la realidad, ausente en los partidos que no supieron renovar su mensaje con el cambio de siglo, es el que nos hace a un tiempo flexibles pero constantes, cercanos a la vida local y regional y al mismo tiempo con la vista siempre puesta en una vocación nacional. De ahí que podamos mantener con naturalidad una unidad de acción y de discurso de la que carecen otras formaciones. Porque compartimos lo esencial, y sabemos que para nosotros los matices no representan una amenaza de división, sino un enriquecimiento de nuestras convicciones fundamentales. Y porque los principios de libertad, solidaridad y confianza en las personas que observamos son los mismos en todas las partes de España. Lo que ahora se nos presenta es una gran oportunidad para reforzar nuestra unidad en torno a ese rasgo fundamental de la moderación en forma y fondo, dado que ésta es la que ha de marcar la diferencia entre nuestras propuestas y las de aquellos que han elegido el camino de la radicalidad. Porque tengamos esto claro: no podemos responder a los excesos de la izquierda desde una simétrica desproporción de derecha. Lo que por el contrario están pidiendo los ciudadanos como un auténtico clamor, y lo que yo veo decidido a hacer a Mariano Rajoy, es que devolvamos al país a un rumbo sensato desde la moderación y el sentido conciliador del centro, donde todos los españoles podamos encontrarnos de nuevo.

Este Partido ha escrito el periodo más brillante que recuerda la democracia española en los ocho años de presidencia de José María Aznar, después de una victoria electoral que conmemoramos un decenio después, y que fue posible gracias a la entrega, el acierto y la generosidad de muchos de los que hoy estáis aquí. Pero, más allá de los logros pasados, y precisamente porque vuestra dedicación al Partido sigue siendo la misma que entonces, Hay futuro. Un futuro estimulante y prometedor, que los españoles están deseando construir, y que empieza a prepararse esta misma tarde en la ciudad que viene aportando al centro político español su mayor caudal de impulso, imaginación y fortaleza. Una ciudad que, después de afianzar el liderazgo de nuestro Partido el año próximo en una nueva cita con las urnas, contribuirá decisivamente a conducir a

Mariano Rajoy hasta el Palacio de La Moncloa en 2008. Desde allí, nuestro Presidente terminará de consolidar la gran empresa renovadora del Partido Popular que comienza hoy, y lo hará en su condición ya de nuevo Presidente del Gobierno de la Nación, volviendo a liderar tiempos de progreso y esperanza, al servicio de España y los españoles.

Muchas gracias, y bienvenidos a Madrid. Hay mucho por hacer.